



II.

Coleta y polvos.

En la época del florecimiento del neo-romanticismo, en Alemania, como en otras partes, era costumbre y tono literario el hablar con desprecio del siglo de la despreocupación. «¡Coleta y polvos!» decían los señores de la escuela romántica; y creían haber caracterizado suficientemente aquel período para entregarle al desprecio merecido. A los iniciados naturalmente no se les escapaba que esa suficiencia romántica no era más que una necesidad colosal; pero sabido es que las personas que saben forman siempre y en todas partes el partido tan impotente como pequeño de la razón, y por esto era regular que por un rato los alemanes dejaran que una banda de gente más ó menos inmundada difamara y vilipendiara la época más fructífera y gloriosa de su civilización. «¡Coleta y polvos!», es cierto; pero de las cabezas empolvadas y acoletadas han salido las batallas federicianas de Rosbach y Leuten, así como la *Crítica de la razón pura* de Kant, el *Edicto de tolerancia* de José II, y también el *Nathan* de Lessing, la abolición de la servidumbre y de la tortura, y el *Faust* de Göthe y el *Don Giovanni* de Mozart.

Ciertamente el siglo de los polvos y de la coleta era una época de la pedantería más innatural, pero no menos una época de apasionado anhelo por naturalidad y libertad. Raras veces, tal vez nunca, la sociedad humana ha sido determinada y movida por contrastes tan fuertes y numerosos como los que determinaban y movían á la sociedad del siglo XVIII. A principios del mismo el sultán francés pronunció su soberbio: «El Estado soy yo,» y á fines

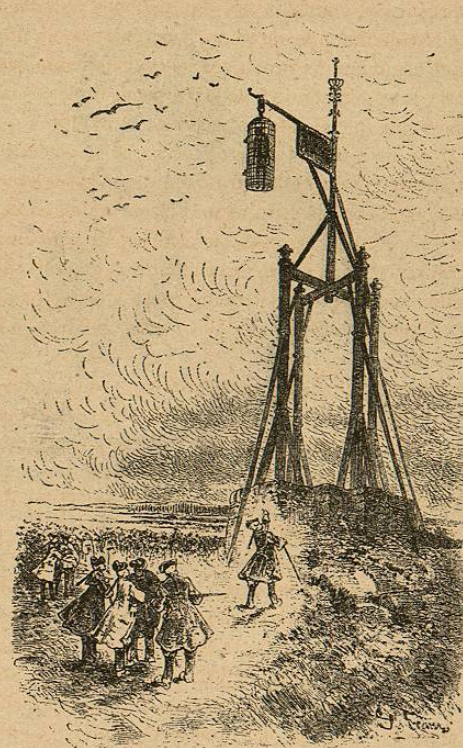
del mismo tornó la «Declaración de los derechos del hombre.» ¡Cuántas cosas empujaronse, apretaronse y atropellaronse en el espacio de esos diez decenios! Aquí, una política de intrigas sin escrúpulos, política de astucia de las escaleras secretas, de las puertas de escape, de los gabinetes «negros», de los «oubliettes», del «frasco de veneno» y del puñal del bandido; allí la naciente aurora de un día nuevo del universo, cuyo sol era el ideal de la libertad y humanidad. El misticismo, pietismo y jesuitismo en conventículos y logias secretas oscurantizando y conspirando, y enfrente de ellos el asalto de la «Bastilla» de la ortodoxia y de la superstición por las esforzadas huestes de los libre-pensadores ingleses, de los enciclopedistas franceses, de los despreocupados é «iluminados» alemanes. El chiste escarnecedor de Voltaire negativo, destructivo, hecho una potencia civilizadora de desescombros, fué relevado por el entusiasmo de Rousseau y Schiller afirmativo, constructor y no menos civilizador. El genio alemán durmiendo como un muerto en la clausura del dogma eclesiástico y en la prisión del mal gusto extranjero, y resucitando luego en esplendor y magnificencia: allí Götze, aquí Lessing, allí Gottsched, aquí Göthe. Háse llamado el siglo XVIII el de los grandes aventureros, y podía llamarse así porque se presentaron en la escena de la Historia universal al principio del siglo, el zar Pedro y Carlos XII, y á fines del mismo Napoleón Bonaparte. Pero si ha sido la época de los proyectistas é intrigantes, de los embaucadores, bribones y estafas, de los Law, Dubois, Görtz, Alberoni, Clement, Déon, Bieren, Agdolo, Saint Germain, Cagliostro, Casanova y Schrepfer, también ha sido la de las naturalezas heroicas como Federico el Grande, Koseziusko y Mirabeau, y de los grandes ciudadanos como Washington, Franklin y Pestalozzi. También en el mundo mujeril manifestóse la gran contradictoriedad de la época. A la corrupción francesa de una Pompadour y de una Dubarry no le iba en zaga la de la Kosel y de la Grävenitz; pero ningún país más que Alemania podía ostentar figuras femeninas como las de la emperatriz-reina María Teresa, de la duquesa Luisa de Sajonia-Weimar y de la reina Luisa de Prusia, manifestándose en las tres, pero diferentemente en cada una, los sentimientos femeninos más nobles. No así ciertamente en esa Catalina de Anhalt-Zerbot, la cual, mezcla singular de ingenio, energía y vicio, ha realizado históricamente, cual «Semíramis del Norte,» los mitos de la antigua Babilonia. Y tan opuestas y contradictorias como los personajes eran las opiniones y aspiraciones. En contacto inmediato hallábanse la sumisión más servil y la franqueza más atrevida, la renuncia más despreciable y el sostenimiento más heroico de la dignidad humana, el escepticismo cínico y el entusiasmo estático, el sensualismo desalmado y el sentimentalismo soñador. Por encima de toda esta confusión y bullicio de contrastes y disonancias, elevose cada vez de nuevo el grito del anhelo por la libertad y la justicia, por la verdad y la belleza. En la fé y el abandono á los dioses, á los ideales de la humanidad, nuestra época de bolsistas, judíos y políticos positivistas está muy por detrás del siglo de la coleta y los polvos; pero es verdad que aquella gente con su idealismo si querían servir á sus dioses habían de huir «del coto de los sentidos al espacio libre de los pensamientos,» porque en la «estrecha lóbrega vida»

de la realidad en la inmensa pedantería del imperio alemán, desvencijado y desmoronado, no cabía semejante culto.

Máquina más pesada, inmanejable y chirriona que la de la Dieta de Ratisbna con su *Corpus catholicorum* y *Corpus evangelicorum*, su colegio de príncipes del imperio, sus «bancos» de ciudades, condes y preladados, sus «proposiciones», «deliberaciones», «ratificaciones» y «protestas», sus montones de actas, dictámenes, recursos, comisiones y diputaciones no vieron jamás ojos humanos. Necesitábase de muchos apretones y empujones, de mucho chirrido y estrépito, para que esa máquina produjera «una conclusión capital de la diputación imperial,» y muy á menudo todo este procedimiento inmensamente engorroso no ha sido más que el célebre parto de la montaña que con gran trabajo y muchos ayes dió á luz un ratón. Pues entre los decretos de la Dieta y su cumplimiento mediaba un trecho larguísimo que raras veces se recorría por completo precisamente en los asuntos más importantes. Si se añade á esto que este engendro ridículo de parlamento se esforzaba en cubrir su lastimosa impotencia con el oropel de una erudición pedantesca y de una etiqueta rígida como de tela almidonada, no puede extrañar que el espectro parlamentario ofreciera un aspecto cómico provocando la burla de propios y la risa de extraños.

De todas las instituciones imperiales envejecidas y anticuadas, las más vitales eran el tribunal de la cámara imperial de Wetzlar y el consejo imperial de Viena. La tramitación de estos tribunales supremos era también terriblemente rastrera y lenta, pero á pesar de todo ofrecían á veces cierto amparo contra la cruel arbitrariedad de la justicia del gabinete de los príncipes. Las atrocidades que los juicios criminales de los grandes y pequeños dinastas alemanes llevaban á cabo hasta muy adelante en el siglo xviii y aun á fines del mismo, son horripilantes. El aparato miserable que la administración de justicia de los soberanos diminutos del imperio podían poner en funcionamiento habría sido ridiculísimo á no combinarse su miserabilidad con una dureza inhumana. Semejantes soberanos en miniatura ejercían su jurisdicción alta y baja bastante á menudo en el sentido de los caballeros ladrones. El que quiera saber cómo se procedía, lea, por ejemplo, el procedimiento ruín que el conde de Wittgenstein mandó emplear en los años de 1704 y 1705 por su tribunal criminal de Laasphe del Lahn contra la «madre Eva» (de Buttlar), y su pandilla de hipócritas, con la intención manifiesta de privar de su dinero y sus bienes á la cabecilla de esa cuadrilla de pietistas que había practicado sus infamias secretas en la hacienda condal de Asmannshausen. Como ejemplo de justicia de gabinete en grande escala puede servir la causa entablada después de la muerte del duque Carlos Alejandro de Wirtemberg contra su primer ministro, el soberbio, duro y codicioso judío Dulce. Oppenheimer y que terminó con el ahorcamiento del acusado en una jaula de hierro colgada de una horca de hierro en el cerro del patíbulo de Stuttgart en 4 de febrero de 1738. Formalmente considerado, esto no fué más que un chocante asesinato judicial; pero en el fondo el hombre había merecido su suerte como uno de los más grandes desolladores del pueblo de su siglo. Era al mismo tiempo un

castigo ejemplar del inmenso orgullo y soberbia en que los individuos de la raza semítica incurrieron frecuentemente cuando llegaban á una posición elevada. También debe decirse, no para disculpar, sino para explicar la alegría del pueblo, no solamente en Wirtemberg, sino también en los países vecinos,



EL JUDÍO DULCE.

por la muerte del «judío Dulce,» que en aquella época los judíos, obligados por la preocupación cristiana á vivir del tráfico y de la usura, fueron en muchas partes de Alemania verdaderas sanguijuelas de la población, especialmente de la campesina, que fué desollada y estrujada por ellos sin compasión. Un signo característico de la época fué el que unos predicadores luteranos molestaron al condenado Oppenheimer con importunas proposiciones de conversión y que mientras el pobre reo subiendo á su jaula de hierro gemía angustioso: «¡Adonai Elohim!», el vicario Hoffman le «consolaba» exclamando: «Judío empedernido, ya que así lo quieres, véte; Jesús vive». Por lo demás el país de Wirtemberg ha visto más tarde otros casos chocantes de justicia de

gabinete. Notorio es que el bárbaro déspota, el duque Carlos Eugenio, impuso años de pesada cárcel al honrado Moser, defensor de los derechos del pueblo, y al patriota genial Schubart por puro capricho, sin ningún derecho y sin juicio.



SCHUBART PRESO EN ASBERG.

Mas ya en la época en que la justicia de gabinete era todavía considerada y practicada como un privilegio natural del absolutismo por la gracia de Dios, hasta por Federico el Grande, el espíritu de los tiempos modernos había empezado á influir humanizando la barbarie de la administración del derecho penal, como también con respecto á la administración del derecho civil. Las necesidades y conveniencias del estado político, obligaron á los gobiernos á remediar, á lo ménos hasta cierto punto, la inextricable confusión jurídica condensando los innumerables derechos locales en «derechos regionales» y creando así códigos civiles para algunos Estados, en primer lugar para Prusia. Esta

fué también la que precedió á todo el continente de Europa con la abolición de la tortura, pues en 1740, en el tercer día de su reinado, Federico prohibió la aplicación del tormento, lo cual ciertamente ha sido uno de los actos más loables del gran rey. Este buen ejemplo no tardó en imitarse, aboliéndose la tortura en 1767 en Baden, en 1771 en la Sajonia electoral y en 1776 en Austria. En otras partes, empero, contiuuábase torturando de lo lindo, existiendo el tormento *legalmente* en Baviera hasta 1807 y en Hannover hasta 1822. Así mismo continuaban en algunas partes los «juicios de maleficio» su actividad piadosa de la manera acostumbrada, tan impávidamente como si no existiese en el mundo tal «siglo de las luces.» Por lo demás, se equivocaría el que creyera que el protestantismo había abandonado al catolicismo el celo de justicia maleficial por el reino de Dios. Es cierto que la última solemne «incineración» de una bruja en el imperio alemán, tuvo lugar en el principado obispal de Wirzburgo, donde la víctima de una justicia bestial, la monja setentona María Renata Singer, superiora del convento de Unterzell, la cual, como dicen los autos, «había sido seducida á la hechicería por un oficial de ejército (espíritu malo disfrazado) cuando era todavía una niña sin entendimiento, de 6 á 7 años», fué «condenada á la espada y el fuego por haber practicado la brujería introduciendo espíritus infernales en el cuerpo de sus comonjas» y suplicida en 21 de julio de 1749. Con ménos ceremonias fué decapitada en Landshut de Baviera en el año de 1756 una pobre niña de 14 años «porque había hecho una apuesta con el diablo». Pero la deshonra del último asesinato jurídico de brujas perpetrado en tierra alemana, recae sobre la comarca protestante de Glaris, como en general los cantones suizos más pequeños y diminutos han sido los últimos refugios de la barbarie de la Edad media. Una pobre muchacha de servicio, Ana Göldi, fué acusada de haber propinado á la hijita de su amo en un lamedor recibido del diablo «semilla de alfileres, que echó á brotar en el estómago de la niña», y además de haberle paralizado una pierna por medio de brujería. El tribunal de maleficio de Glaris cumplió con su deber ortodoxo, arrancó á la bruja, torturándole dos veces la «confesión» apetecida y condenola á muerte. El 18 de junio de 1782 la desgraciada fué decapitada en el patio de los juegos de Glaris y enterrada bajo el patibulo. Este proceso anacrónico de maleficio fué el que Schlözer en sus «Avisos de Estado» estigmatizó con el término «asesinato jurídico» inventado por él y usado entonces por primera vez.

Conviene tener presente que la Alemania protestante, á lo ménos en la primera mitad del siglo xviii, rivalizaba con la católica en toda clase de supersticiones. Como testimonio característico podemos citar un dictámen de la academia berlinesa de las ciencias, del año de 1732, con respecto á la busca de tesoros soterrados. El presidente de dicho sabio instituto, un señor conde de Stein, emitió en forma de aviso la siguiente muestra de sabiduría académica: «Siendo una tradición constante que en la Marca electoral, especialmente en la comarca de Lebus, Lehnin y Bilsneck se hallan soterrados tesoros considerables á cuya inspección y para saber si todavía existen, vienen de Roma la gente de ciertas órdenes, jesuitas y otros bichos de la misma ralea, el vice-

presidente debe vigilar mucho esta clerigalla y no perdonar trabajo ni pena para descubrir los tesoros mediante la vara mágica, las bendiciones y mandrágoras para lo cual le serán entregados los libros de magia de nuestro archivo como *Speculum Salomonis*.» En tal estado «científico» hallábase en el año de 1732 la academia de Berlin fundada con ayuda de Leibniz, por la iniciativa de la «filosófica» reina Carolina esposa de Federico I. Es verdad que el sabio instituto no podía costar más entonces que 300 talers anuales; Federico Guillermo I no quería de ninguna manera gastar más. Este rey medio-rústico, medio cabo, trataba á la erudición y á los eruditos con brutal desprecio, diciendo de Leibniz que era un «mozo que no servía para nada, ni siquiera para estar de centinela» y haciendo disputar á su sabio bufón, el maestro Morgenstern, en reunión solemne con los catedráticos de la universidad de Francfort del Oder, sobre la tesis propuesta por su magestad misma: «Los doctos son unos charlatanes y locos.» Hay que confesar que la bajeza servil de los doctos alemanes de entonces provocaba y merecía sobradas veces semejante desprecio y maltrato. Sólo á la honzería luterana fué dable sobrepujar aun en ratería á los eruditos. El que quiera saber la hondura del fango de la renegación de toda verdad, de la abyección y adulación más infame en que se revolcaban gustosamente los doctos alemanes, hasta los de fama y nombradía, debe leer las doctas genuflexiones que los catedráticos, lame gargajos, ofrecieron á Augusto *el fuerte* de Sajonia, uno de los representantes más infames del sultanismo brutal y caprichoso, uno de los corruptores más dañinos del país y de las gentes, licencioso desenfrenado, que no se arredraba siquiera de cortejar á sus propias hijas. A este hombre le celebró la universidad de Leipzig en el año 1727, en una poesía solemne, como al «Tito de nuestros tiempos» ensalzándole «como poderosísimo Augusto, como presea de este mundo y como obra milagrosa por Dios mismo producida»..... mientras que Gotlsched compuso un poema adulatorio en que ese mismo Augusto, que no era grande sinó en la fuga, fué ensalzado como guerrero sobre todos los héroes de Homero y finalmente apostrofado de esta manera:

«En la paz eres doblemente grande,
Te regocijas en allanar á tu súbditos
El camino á toda prosperidad;
Por esto se hallan sentados en el regazo de la dicha.»

Escarnio verdaderamente cruel de los pobres sajones á los que el «doblemente grande» Augusto, como se sabe, preparó sufrimientos sin fin.

Las guerras desgraciadas é ignominiosas que ese «hércules sajón» hizo por la corona de simulacro de rey de Polonia, son un triste testimonio de los fantasmas de la política de gabinete, de los caprichos y antojos de sus príncipes que los alemanes habían de pagar con sus bienes y su sangre. Con respecto al militarismo mismo, ha experimentado transformaciones considerables, sobretudo por parte de Austria y Prusia en la época de la coleta, mientras que el «ejército imperial» llegó á ser una burla. En Austria distinguieron en este concepto hombres de guerra como el príncipe Eugenio, Luis de Baden, Daun,

Liechtentein y Laudon; por parte de Prusia, Federico Guillermo I y su «viejo Dessauer» (Leopoldo de Dessau), luego Federico el Grande con su hermano Enrique y sus generales Fernando de Brunswik, Winterfeld, Seydlitz, Schwerin, Ziethen y otros. En los últimos tiempos de Carlos VI, el último habsburgués, el ejército austriaco había sido muy desatendido, no contando más de 68,000 individuos á la muerte del emperador; pero bajo María Teresa



TROPAS AUSTRIACAS.

llegó á contar 200,000 hombres, requiriendo un gasto anual de 14,000,000 de florines. Estas tropas ofrecían un aspecto abigarrado á causa de las muchas nacionalidades de que se componía, siendo espléndido el espectáculo que presentaban los diferentes cuerpos de la guardia imperial. Hasta el año 1772 el enganche constituía la base del reclutamiento, suministrando después la «conscripción» el contingente principal del ejército permanente. Prusia fué convertida por el gran elector en un Estado cuya existencia y porvenir se fundaba en la punta de la espada. Más tarde todo el sistema económico de Federico Guillermo I tendía al desarrollo del estado militar prusiano, combiniándose en aquel sistema el espíritu aldeano con el de cabo. Ninguna comprensión y mucho menos fomento de los fines superiores de la civilización, pero mucho temor de Dios ortodoxo, aun más temor del rey, todo él estiércol posible y una economía de hierro. Esta hacía dable al «cabo coronado» como sus enemigos le llamaban con burla, pero también con temor, proveer á su pequeño país, que tenía solamente 2,275 leguas cuadradas y 2,240,000 habitantes, de un ejército de 72,000 «hombrones» de cuyos hombrones 26,000 eran enganchados, es decir, extranjeros reunidos con astucia y fuerza. Del total de los

ingresos anuales del Estado que alcanzaba 7.371,707 tálers, el ejército consumía 5.977,407. Todo prusiano que tenía la talla de soldado estaba obligado «á llevar la casaca del rey,» exceptuándose los hijos de los curas y los de los vecinos que probaban la posesión de una fortuna de al ménos 6,000 tálers, como también los hijos únicos y los de la nobleza, sirviendo, empero, estos últimos, casi todos como oficiales. Federico Guillermo I creó el soldado de coleta, polvos y polainas. Como estaba, no pintado, sino en aquella célebre «parada de guardia de Potsdam», regimiento de granaderos compuesto de 3,000 hombrones largos, entre los cuales había magníficos ejemplares de gigantes que el económico rey había pagado en 5,000 y hasta 10,000 tálers. En el adiestramiento militar los prusianos de entonces estaban ya muy adelantados; las manipulaciones, los movimientos maquinales, el fuego de pelotón, batallón y regimiento, todo andaba á las mil maravillas. Federico el Grande dió á este ejército-máquina el espíritu impulsor, su ingenio estratégico. En su reinado el ejército acabó por contar 200,000 hombres que costaban anualmente 13.000,000 de tálers, más de la mitad de todos los ingresos del Estado. El material humano de que el ejército constaba hacía indispensable una disciplina terriblemente rigurosa, porque entonces no había «el pueblo en armas», sino tan sólo una soldadesca procedente de las capas inferiores y muy á menudo de las inmundas, cuyos oficiales, casi exclusivamente nobles, no tenían nada común con ellos, á no ser el aire y la muerte. La particularidad estratégica de Federico descansaba en la rapidez de los movimientos de sus ejércitos, que él llevó á gran perfección, al paso que como táctico sabía aprovecharse con maestría de las ventajas del llamado orden de batalla oblicuo. El militarismo prusiano no tardó en servir de ejemplo y modelo que, á la verdad, fué imitado en los estados medianos y pequeños de Alemania solamente en sus exterioridades. Los miserables déspotas duodecimales y sedecimales hacían del militarismo una caricatura que tenía al ménos la ventaja de lo cómico sobre aquel infame comercio de soldados que merece estigmatizarse como uno de los más grandes pecados de los príncipes alemanes del siglo xviii y dá un testimonio verdaderamente espantoso de la docilidad corderil á que los alemanes se habían rebajado desde la paz de Westfalia. Un pueblo que aguanta eso, que apechugó con eso, aun en la segunda mitad del siglo de las luces, parecía haber renunciado á toda esperanza de un porvenir mejor. Los pecadores de «padres del país» que vendían como á esclavos á sus súbditos metidos en uniforme de soldado, á los holandeses, ingleses y franceses, eran los duques de Brunsvich y de Wirtemberg, el príncipe de Anhalt-zerbst y el conde de Anspach; pero el verdadero negociante de carne humana al por mayor, era el conde de Hesse-Kassel, quien, con la sangre de 16,992 de sus súbditos vendidos á los ingleses, se acuñó millones de tálers. El eco, si bien un eco muy amortiguado de los suspiros y de las maldiciones que este tráfico de los príncipes hizo proferir al pueblo alemán, resuena en la «Canción del Cabo» de Schubart. Más claramente habló en su autobiografía el varonil Seume, que fué él mismo víctima del vendedor de almas, por la gracia de Dios, el conde de Hesse.

Con el advenimiento de Federico II, al que sólo la necesidad puede rehusar el dictado de Grande si se considera la suma total de su actividad guerrera y pacífica, el despotismo ilustrado empezó á blandir su cetro bastón en el suelo alemán, mientras que en Francia y mucho más en los otros Estados continentales el despotismo estúpido continuaba durante mucho tiempo su gobierno, mezcla singular y funesta de brutalidad y flojedad. Federico es una de aquellas figuras de mojonos históricos que separan dos épocas, una de esas figuras iniciales con que empieza un capítulo nuevo en la historia del mundo. Su gran hazaña como guerrero fué que á pesar de ser calificado por Klopstock, no sin razón, de «extranjero en su país» á causa de su predilección por las cosas francesas, volvió á ser honroso el nombre alemán á la faz de Europa, y que por su lucha heroica de 7 años contra una inmensa superioridad de fuerzas colocó á la potencia prusiana á igual rango con la austriaca, acabando con esto de hecho con la fantasma del sacro imperio romano y haciendo al mismo tiempo del dualismo loreno-hohenzollerniano el polo ó mejor dicho los dos anti-polos al rededor de los cuales había de moverse en adelante la evolución de los destinos de Alemania. La Prusia creada de esta manera por Federico guerrero, la hizo estable Federico político, introduciendo en la legislación y la administración de su país el espíritu de la edad moderna hasta donde esto era posible en el estado que tienepor fundamento la política. El que todo dependiera del mando superior, el que Federico, por más que fuera formal y sincera su expresión: «Yo no soy más que el primer empleado del Estado,» consideraba sin embargo como su derecho de soberano la disposición absoluta sobre los bienes y la sangre de sus súbditos, esto estaba así mismo en la naturaleza del despotismo ilustrado, como en la minoría de edad de los pueblos á los que era preciso mandar militarmente para que marcharan adelante, y á los que un rey hubo de decir: «En mis estados cada uno puede ganarse la beatitud á su manera,» para que comprendieran el gran pensamiento de la tolerancia religiosa, tanto tiempo aborrecida y anatematizada por el clericalismo católico y luterano. En su constante afán por el fomento de la economía política, el gran rey, siendo partidario acérrimo del «sistema mercantil,» no dejó de cometer grandes errores, ni podía dejar de cometerlos, porque el «evangelio del trabajo» (por lo demás tampoco salvador y mucho ménos único salvador) que abrió el camino al «sistema industrial» el libro de Adán Smith, *Wealth Of nations*, no salió á luz antes de 1776, es decir, cuando el «viejo Federico» era ya demasiado viejo para poder ó siquiera querer probar nuevos principios económicos. Los más fructíferos fueron sus esfuerzos por la prosperidad de los labradores. Ciertamente el desarrollo de una clase libre de labradores ha tardado en Prusia hasta después de la catástrofe de Jena, hasta las grandes reformas proyectadas y empezadas por el baron Bom Stein, pero el edicto de Federico del año 1764 echó el fundamento encaminando la completa abolición de la servidumbre y del vasallaje. Tampoco contentábase el rey con simples órdenes reales, sino que intervenía personalmente siempre que se trataba de facilitar y fomentar la actividad agrícola. Pertenece á lo humanamente mejor que puede referirse del gran Federico, si se hace presen-

te como el anciano atormentado por la enfermedad y los pesares, habiendo sido siempre un modelo y prototipo del cumplimiento del deber y haciendo su trabajo de rey sin descansar hasta el último respiro, iba todavía en los últimos días de su vida á visitar los cortijos y aldeas fundadas por él para convencerse personalmente del cumplimiento de sus disposiciones y de la bienandanza de los colonos.

En esto como en muchas otras cosas tomole por modelo su magnánimo imitador y rival, José II, quién emprendió la gigantesca tarea de modernizar



José II.

á Austria y pereció en la empresa, en primer lugar porque quería hacer demasiadas cosas, hasta todo á la vez; en segundo lugar porque hacía de su empresa un asunto del corazón en vez de la cabeza, y en tercer lugar porque creía á los hombres y á los pueblos mucho mejores y más inteligentes de lo que son. Una voluntad más pura, un entusiasmo más sincero que los de José no han llenado nunca un pecho de príncipe. También ha sido muy acertado el pensamiento fundamental de su política interna, según el cual Austria debía centralizarse y germanizarse para subsistir. Pero la ejecución quedaba siempre y en todas partes muy por detrás del proyecto, por las tres causas mencionadas y además porque en Austria nadie estaba preparado, no disponiendo

por lo tanto el emperador de ningún ejército de empleados ni de soldados como los que Federico Guillermo I había adiestrado para su hijo. A pesar de todo las reformas de José, teniendo en cuenta las diferencias de las épocas, han sido no solamente lo mejor intencionado sino lo mejor en absoluto que jamás ha llevado á cabo un gobierno austriaco. Es verdad que todo lo que el generoso emperador quería y hacía, llevaba en sí los defectos del «despotismo» ilustrado de generalizar, de arreglarlo todo sobre la misma pauta, de no tener en cuenta las individualidades de las personas y de los pueblos; mas á pesar de todo la introducción de la libertad del pensamiento, del habla y de la prensa («Edicto sobre la censura» 1781), la igualdad política de protestantes y católicos («Edicto de tolerancia» 1781), la abolición de la servidumbre labriega, la redención del trabajo personal, la obligación de todos los vecinos á contribuir á los gastos del Estado («Edicto de contribuciones» 1789), la reforma de la legislación civil y penal sobre la base de la igualdad ante la ley («Código civil» 1786, «Código criminal» 1787), la abolición de 700 conventos como guardias de la holgazanería y del fanatismo, el fomento de las escuelas populares, la fundación y dotación de instituciones científicas y humanitarias de toda clase, todo esto cuenta entre los mejores actos civilizadores del siglo pasado, y su autor José se ha colocado con ello para todos los tiempos en la primera fila de los héroes de la cultura alemana, de cuya posición no le desalojarán jamás sus tres archi-enemigos la estupidez del pueblo, la arrogancia de la nobleza y la ambición del clero. Las almas serviles ciertamente juzgan por el éxito ó el frustramiento; pero las liberales saben distinguir entre el mérito y la suerte á éstas; la memoria del desgraciado emperador será siempre grata aunque no fuese más que por haber pronunciado sinceramente en bello contraste con el afrancesado inventor de la *Nation Prussienne* la palabra: «Me honro de ser alemán» (carta de José á Dalberg, del 18 de julio de 1787). Tampoco dejaba de tener grande importancia el que el emperador sustituyera el tratamiento brutal de «él» con el más cortés de «usted» en el trato oral y escrito con todo el mundo, porque contenía una desaprobación manifiesta de la grosería con que en aquellos tiempos las llamadas clases superiores trataban á las llamadas inferiores. Los criados y las criadas hasta los últimos años del siglo eran llamados «mozos y mozas,» combinándose con esta grosería del lenguaje sobradas veces una barbarie increíble en el trato. Los oficiales estropeaban á veces á los infelices soldados apaleándolos en los ejercicios; los señores distinguidos con sus puñetazos y bastonazos sacaban á sus lacayos los ojos de la cabeza y los dientes de la boca; las damas nobles arrancaban á sus «mozas de cámara» los cabellos á puñados y hasta los lóbulos de las orejas. También en el trato oficial reinaba el inmundo tono de improperios de las comedias de payaso, siendo sobre todo mal afamados por su zopenca grosería los funcionarios austriacos, bábaros y wirttembergeses. Una prueba corta pero elocuente es la siguiente reprimenda de un consistorio ducal wirttembergés: «Rector de Leonbronn! Ahora viene él también otra vez ante el consistorio ducal, malhadado zopenco, disipado camarada, vicio habituado, vicio consecutivo de 26 años, ignorante de nacimiento, idiota de siempre, es-